

Portafolio docente  
Fundamentos, modelos y experiencias

María Isabel Arbesú García  
Frida Díaz Barriga Arceo

DOCENTE  
PORTAFOLIO

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA  
UNIDAD XOCHIMILCO**

Ediciones Díaz de Santos

Primera edición, 2013.

© María Isabel Arbesú García, Frida Díaz Barriga Arceo

© Universidad Autónoma Metropolitana

© Ediciones Díaz de Santos

Universidad Autónoma Metropolitana  
Prolongación Canal de Miramontes 3855  
Col. Exhacienda de San Juan de Dios,  
Del. Tlalpan, CP 14387, México DF  
ISBN: 978-607-477-909-7

Ediciones D. D. S. México S. A. de C. V.  
Elisa 161, Col. Nativitas, C. P. 03500  
Delegación Benito Juárez, México, D. F.  
jnicasio@diazdesantosexico.com  
<http://diazdesantosexico.com.mx>

Ediciones Díaz de Santos  
C/ Albasanz 2, 28037, Madrid, España  
ediciones@diazdesantos.es  
<http://editdiazdesantos.com>  
ISBN: 978-84-9969-557-0

Se prohíbe la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin el consentimiento escrito de los titulares de los derechos.

DR. Todos los derechos reservados conforme la ley.

Impreso y hecho en México/Printed and made in Mexico.

Cuidado de la edición: María Isabel Arbesú García, Frida Díaz Barriga Arceo y María Gabriela Flores Chávez

Corrección de estilo: Absalom García y Graciela Noemí Bayúgar Faigenbaum

Traducción: Graciela Noemí Bayúgar Faigenbaum

Diseño de interiores: María Gabriela Flores Chávez

Diseño de portada: Amada Pérez

Dirección de Arte: Sandra Amelia Marti

# Índice

<b>Prólogo</b> .....	9
Marco Antonio Rigo Lemini	
<b>Introducción</b> .....	15
<i>El portafolio docente. Fundamentos, modelos y experiencias</i>	
María Isabel Arbesú García y Frida Díaz Barriga Arceo (Coords.)	
 <b>Parte 1: Aspectos teóricos sobre el portafolio</b>	
<b>Capítulo 1</b> .....	33
<i>Two Steps Forward, One Back: Portfolios in Educational Assessment</i>	
<i>Dos pasos adelante y uno atrás: los portafolios en la evaluación educativa</i>	
Robert Stake y Chryso Mouzourou, University of Illinois	
<b>Capítulo 2</b> .....	87
<i>La carpeta docente como instrumento de evaluación del profesorado universitario. ¿Es posible valorar la mejora de la calidad de la enseñanza?</i>	
José Luis Menéndez Varela, Universidad de Barcelona	
<b>Capítulo 3</b> .....	111
<i>La carpeta del profesor como recurso de aprendizaje: ¿evaluar para evaluarse o enseñar para aprender?</i>	
Eva Gregori Giralt, Universidad de Barcelona	
<b>Capítulo 4</b> .....	135
<i>El portafolio docente, una alternativa de evaluación del profesorado en educación superior.</i>	
Sandra Conzuelo Serrato	
Universidad Nacional Autónoma de México	
<b>Capítulo 5</b> .....	151
<i>Factores a considerar para implementar con éxito el portafolio</i>	
María Maclovia Pérez Rendón	
Universidad Nacional Autónoma de México	

## Prólogo

Marco Antonio Rigo Lemini

Estas primeras palabras abren la puerta. Invitan al lector a entrar, a realizar una visita llena de retos y de posibilidades, de rutas alternas y de atisbos al futuro. Intentan prepararle para aprovechar su recorrido, dándole desde el principio sentido y significado a algunos de los rincones que aparecerán en las páginas siguientes. No son una apología que se hace al visitante con el fin de asegurar su pronto retorno, pero ponderan las virtudes del lugar y pretenden despertar expectativas suficientes para augurar una grata estancia. Porque en efecto, al redactar esta sección inicial de la obra después de recorrerla en su totalidad, de arriba a abajo y de la fachada al traspatio, se tiene la sensación de encontrarse nuevamente en el vestíbulo invitando a quienes no conocen el sitio para que accedan, lo visiten pausada y reflexivamente, lo disfruten y lo valoren tanto como nosotros hemos podido hacerlo.

En una época en que la aldea se ha globalizado —como anticipaba McLuhan—, y en que se corre más que nunca el peligro de ser seducidos por las imágenes —lo que antaño advertía Sartori—, este espacio del tamaño de un libro no ofrece animaciones digitales ni actividades interactivas como atractivos principales. Lo que se comparte son esencialmente ideas y propuestas, algunas locales y otras que nos vienen de fuera para experimentar su conversión al trópico. Todas ellas en torno a un concepto central: el del portafolio académico. El que hacen —o pueden hacer— los docentes para revitalizarse y despertar metacognitivamente. El que se espera de los alumnos para que alcancen cada vez con mayor plenitud su autonomía formativa. Este es el motivo central del texto. Y el que nos daremos como pretexto para prologarle.

Entendemos al portafolio académico como un instrumento que comunica a los otros quién soy, quién he sido, quién deseo ser, en tanto educador o educando. Que se constituye en un espejo al que es posible asomarse para reflexionar sobre sí mismo; que nos invita a coleccionar recuerdos y creaciones, intereses y proyectos. Que abre una ventana para echar luz sobre nuestra cotidianidad como seres sociales y como individuos únicos; que permite al profesional sedimentar sus vivencias y sus argumentos. Que ayuda al docente a identificarse con su oficio; que permite al alumno consolidar su autoestima y su autoconcepto.

No es mera recopilación ni anecdotario. Tampoco autobiografía, blog o bitácora de viaje. Y de ninguna manera le concebimos como escaparate o recurso mercadotécnico. No queremos que sea circo, maroma y teatro, exhibicionismo curricular, fuegos de artificio y simulación. O simplemente catálogo de recursos que pueden ser recuperados por el autor o por cualquier persona que desee acercarse a ellos.

Elena Barberà (2008) opina que elaborar un portafolio supone estar atento y saber captar los momentos de inflexión más importantes de nuestra vida. Narrar una historia académica, profesional o personal mediante documentos únicos, hechos desde la mirada reflexiva del narrador. Una historia contada y vivida, que por su importancia vale la pena captar con todas las omisiones y énfasis necesarios para dibujar una trayectoria que evoluciona a través del tiempo. La nuestra, la de todos aquellos que nos acompañan.

No son menores los desafíos que implica el diseño y desarrollo de un portafolio académico. Por una parte el contenido, que ha de ser cuidadosamente seleccionado y adaptado para su empleo como evidencia de producciones, desempeños e identidades; por otra parte el continente, que puede ser físico o electrónico y que está llamado a dar cabida al conjunto de los componentes que el autor del portafolio decide incluir dentro del mismo. Ambos, contenido y continente, han de armonizarse atendiendo razones de naturaleza temático-disciplinaria, didáctico-pedagógica, lingüístico-comunicativa, gráfico-estética y técnico-operativa. Una conciliación, como puede inferirse, que no resulta sencillo conseguir porque hace

obligatorio un abordaje cooperativo intra e interdisciplinario, en el que las complejas dimensiones mencionadas aparecen además entretejidas, por ejemplo, cuando han de encontrarse soluciones gráfico-didácticas o de diseño tecnopedagógico.

Creemos importante añadir que los portafolios académicos pueden responder a intencionalidades diversas, siguiendo a grandes rasgos las ideas de Barón (2004) y Wray (2008). La primera de corte acreditativo, orientada a certificar la productividad y el desempeño de docentes y alumnos, con la finalidad de evaluarles; calificarles y llamarles a la rendición de cuentas. La segunda de orden comunicativo, en que el interés dominante es la difusión de los logros y los trabajos del autor con una orientación más bien socializadora y divulgativa. El tercer tipo de portafolio académico está pensado esencialmente con fines formativos y de aprendizaje, propiciando la reflexión, la toma de conciencia y una actividad autoevaluatora tendente al mejoramiento del portafolista, sea maestro o estudiante.

Pues bien, estamos a las puertas de un libro en que se habla fundamentalmente de portafolios académicos con una vocación formativa, es decir, que comparten una óptica dirigida a la comprensión, la innovación y la mejora (Gibson y Barrett, 2003), tendencia actual muy relevante que suscribimos a cabalidad. Un amplio y rico arco iris de instrumentos autorizándonos a decir —si se nos permite parafrasear libremente a Rosenblueth—, que hay tantos portafolios como educandos y educadores existen. Una miscelánea de posibilidades en que se dan la mano las producciones docentes con las del alumnado, las que son nacionales con las venidas allende nuestras fronteras, las que se desarrollan en ámbitos disciplinarios tan dispares como el estudio de las matemáticas, de la veterinaria, del diseño gráfico e industrial, la psicología o la odontología.

Pero no son éstas las únicas virtudes que podemos consignar en el prólogo con relación al texto. El tratamiento del tema ha conseguido un adecuado balance entre las aproximaciones teóricas, conceptuales y analíticas —fielmente representadas sobre todo en la primera parte del libro— y las aproximaciones más bien prácticas y aplicadas. Es posible apreciar además, de modo tácito o directo, la amplia gama de criterios y de decisiones con que los autores de

los capítulos hicieron frente a los complejos desafíos implicados en el diseño, desarrollo, valoración y seguimiento de los portafolios académicos. Da toda la impresión de que los que se refieren de manera explícita no devinieron simplemente en recopilaciones anecdóticas o en catálogos indiscriminados, y que efectivamente testimonian algunos momentos importantes de inflexión en la vida de quienes los gestaron y los han venido gestionando.

Prácticamente todo el libro manifiesta la convicción, entre líneas o a lo largo de ellas, de que la reflexión es la actividad central que dinamiza el portafolio, la que lo hace realmente inteligente. No cualquier proceso reflexivo, empero, sino uno que se acompaña de la autocrítica, que se prolonga en el tiempo permitiendo al docente o al alumno miradas retrospectivas y prospectivas sobre sus realizaciones personales, que hace viable el desarrollo identitario y que potencia la actualización y el perfeccionamiento.

En este orden de ideas, cabe decir que el texto representa un posible avance en la sugerente dirección apuntada por el doctor Stake durante el capítulo primero: el empleo razonado de los portafolios académicos puede articularse con —o ser parte de— una dinámica de investigación-acción, en el sentido fundamental desarrollado ya hace años por Stenhouse (1998), que sugiere una vinculación funcional entre la problemática vivida por el educador —o el educando—, y los procesos de indagación, cuestionamiento y búsqueda rigurosa de respuestas instruccionales o formativas.

Conviene finalizar reconociendo que los portafolios parecen constituir un instrumental lleno de promesas y de posibilidades, oferente de recursos diversos con un carácter decididamente integrador. Instrumental también, sin embargo, que necesita evaluarse de manera sistemática, ser objeto de investigación y de divulgación, pasando de la cifra negra de ocurrencias escondidas en el anonimato porque poco o nada se difunden, a la cifra blanca que se documenta públicamente. Como afirman de modo categórico en su introducción las coordinadoras del texto: “los portafolios han de someterse al escrutinio”. Y a esta noble tarea contribuye vigorosamente, fuera de toda duda, el texto en cuyo umbral nos

ubicamos. Si deseamos refrendar nuestra invitación al lector para que entre a visitarlo y ya hemos insinuado varias veces en las páginas anteriores que la visita lo moverá a repensar su papel como alumno o como enseñante... ¿por qué no terminar diciendo que este libro en sentido amplio es en sí mismo un portafolio colectivo e incluso —nuestro mejor elogio—, un portafolio de portafolios?